



Juan de Mal-Lara.

JUAN DE MAL-LARA.

SU FILOSOFIA VULGAR.

Escasas y confusas son las noticias que de este docto sevillano han visto hasta ahora la luz pública, no pudiendo menos de causarnos admiración el que tan poco caso se haya hecho de uno de los mas esclarecidos ingenios del siglo XVI y que mas profundamente comprendieron el espíritu y las necesidades de su época.—Juan de Mal-Lara, citado apenas por los críticos de nuestro tiempo, era en verdad digno de que se le tributase algun homenaje de reconocimiento, como humanista, como maestro de la juventud sevillana de aquel siglo tan feliz para el nombre español, y finalmente como filósofo. Desconocidas, sin embargo, sus principales obras por la mayor parte de los que han estado en situación de hacerle justicia, ó leídas quizá con demasiada precipitación, nadie ha dicho de él mas de lo que Juan de la Cueva nos refiere en su *Ejemplar poético*, y Moratin en sus *Orígenes del teatro*; nadie ha tratado de reconocer sus obras, para llenar este vacío que en la historia de nuestra literatura se advierte; y en ninguna parte mas que en sus producciones existían las noticias, de cuya falta tanto se han lamentado nuestros modernos escritores.—En efecto, en la obra, cuyo título ponemos al frente del presente artículo, hemos encontrado nosotros los datos apetecidos: *la Filosofía vulgar*, esa obra de que no hacen mencion alguna los historiadores, nos ha dado á conocer enteramente á Juan de Mal-Lara,

nos ha revelado sus estudios, sus conocimientos y el espíritu filosófico que fué el alma de sus producciones.—Después de conocerle, después de admirarle, hemos querido que el público le conociera también y hemos tomado la pluma para indicar á los jóvenes estudiosos y á los eruditos las fuentes en donde pueden saciar la curiosidad, excitada al escuchar el nombre del entendido escritor y poeta sevillano, á quien se han prodigado, sin conocerle, los mayores elogios.

Nació Juan de Mal-Lara en la capital de Andalucía, cuna de celebrados ingenios, á fines del primer tercio del siglo XVI, siendo sus padres Diego de Mal-Lara y Beatriz Ortiz, personas ambas de honradas familias, aunque pobres.—Ejercitábase Diego de Mal-Lara en la enseñanza de las primeras letras, y notando que su hijo manifestaba gran disposición para los estudios, resolvióse á que los continuara, poniéndole al cuidado del maestro Pedro Fernandez, quien le enseñó en breve la gramática griega y latina, cuyas lenguas poseía perfectamente, según el dicho del mismo Mal-Lara.—Dedicóse después al conocimiento del hebreo y del árabe, haciendo en todos estos estudios tan considerables adelantos que decidieron á su pobre padre á enviarlo á la Universidad de Salamanca, que gozaba de grande nombradía, para que prosiguiera los estudios mayores, frase con que principalmente se designaban la filosofía escolástica y la teología, que eran entonces, en especial la última, las ciencias de mas importancia que en aquella Universidad se cultivaban. Permaneció allí por el espacio de seis años, en los cuales cursó ambas facultades, siendo sus catedráticos, entre otros profesores, los maestros Leon

20 DE OCTUBRE DE 1836.

de Castro, Miguel de Palacios y Juan del Caño, quienes por ser Mal-Lara de natural dulce y afable, le tomaron grande cariño, conservando con él estrechas relaciones. Empapóse en aquella ciudad en el estudio de los poetas griegos y latinos del mejor tiempo, y manifestó desde luego su grande inclinación á la poesía, escribiendo una *Silva en verso latino* en alabanza de las mujeres célebres, tanto antiguas como modernas; trabajo que fué recibido con aplauso por los hombres mas entendidos de Salamanca, impulsándole á continuar estas sabrosas tareas. Comenzó entonces el poema titulado los *Trabajos de Hércules*, escrito en octavas, del cual solo han llegado á nuestras manos algunos excelentes trozos que cita en su *Filosofía*; y escribió para que se representase en las escuelas de tan insigne *Universidad* una comedia, á que puso por título *Locusta*, dando el primer ejemplo en España de la comedia de costumbres, en que se contuviera un pensamiento moral, propiamente hablando. Compuso además algunas églogas, en las cuales se propuso siempre un fin, reprendiendo sagazmente los vicios que en sus contemporáneos notaba, como refiere el mismo en la Centuria X de la citada *Filosofía*, al desaprobando la costumbre poco racional que obligaba á los hijos á seguir una carrera contraria á sus inclinaciones, por complacer á sus padres.

Pasó despues á Valencia, donde permaneció algun tiempo, yendo finalmente á Barcelona y terminando allí sus estudios bajo la dirección del maestro Francisco de Escobar y los auspicios del canónigo y Vicario general de aquel obispado don Francisco de Solsona. Restituyóse al cabo á su patria en 1549, no sin haber dado antes la vuelta por Salamanca, con el objeto de despedirse de sus maestros y amigos; volviéndose á representar en esta ocasion la *Locusta*, obra que habia él mismo traducido ya al idioma de Virgilio. Recogió en estos viajes cuantas noticias pudo haber á las manos sobre diferentes asuntos, y observó muy particularmente las costumbres del pueblo, cuyo estudio le parecia muy interesante, apartándose hasta cierto punto de la opinion que mas boga alcanzaba en aquella época entre los eruditos. Creía Mal-Lara que el estudio de la antigüedad podia prestar grande utilidad á las ciencias y á las artes, y que la historia de los griegos y los romanos debia tenerse presente para sacar de ella profundas lecciones; y dolíase de que tan poco aprecio se hiciera en España de los estudios históricos, prorumpiendo en estas palabras. «Nosotros los españoles tenemos en poco las hazañas de los nuestros y dejámoslas escurecer y aun gran parte es el odio que hay entre muchos, para que se cubran los grandes hechos.—Lucio y Floro, aunque los abreviarian no se olvidarian de ellos.»

Estuvo ausente de su patria por el espacio de diez años, segun refiere en la Centuria I, hablando de la magnificencia de Sevilla; y vuelto á esta ciudad famosa, se consagró á la enseñanza de la juventud, como expresa él mismo en estos términos: «Querer yo alabar la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, á donde yo nací y donde me crié y comencé mis estudios de gramática latina y griega, debajo la doctrina del muy honrado maestro Pedro Fernandez, clérigo y presbítero, de cuya escuela salieron tantos doctores y maestros como en Sevilla hay, siendo padre de los buenos ingenios de esta inclita ciudad, de á donde estuve ausente diez años, en Universidades insignes, oyendo muy doctos maestros, adonde con gran deseo viví de volver á ella y adonde resido, sirviendo á mi patria con lo que pude traer, enseñándole sus hijos con toda la diligencia que yo puedo; no es razon que tan sumariamente ponga por obra, temiendo ser grande atrevimiento en un pequeño número de palabras comprender cosa tan grande.»—En los momentos que le dejaban libres tan penosas tareas, no abandonó Mal-Lara sus estudios, ni menos se olvidó de que ardía en sus venas el sagrado fuego de la poesía.—Es-

cribió, pues, algunas comedias y tragedias, entre las cuales tuvieron singular aplauso los *Celosos* y el *Absalon*; concluyó el poema de los *Trabajos de Hércules*; hizo varias églogas representables, siendo las mas aplaudidas las intituladas *Laurea* y *Narciso*; y emprendió últimamente tres poemas llamados la *Sinforosa*, en el cual trató del martirio de los santos, la *Muerte de San Hermenegildo*, patron de Sevilla, y el *Martirio* de las santas Justa y Rufina, obra que trasladó tambien al latin en elegantes versos (1). Aunque la mayor parte de estas producciones han desaparecido, quedándonos solamente algunos fragmentos y sus títulos, para conocer el estilo poético de Mal-Lara, parécenos conveniente el trasladar aquí las siguientes octavas de la *Sinforosa*, en que describiendo el incendio de una ciudad, pinta la piedad filial de esta manera:

Miran su padre y madre ya cansados,
sentarse en el umbral muy congojosos
no pudiendo huir, del miedo atados,
y por la edad antigua perezosos.
Los hijos de piedad alta inflamados,
por salvar á los dos van presurosos:
el uno en la cabeza alza á su padre,
el otro puso en hombros á su madre.

Dejad las ricas joyas avarientos,
la presa que hicisteis para el fuego,
¿No veis los juveniles pensamientos
contrarios de vuestro ánimo tan ciego?
¡Qué ricos! ¡Cuán dichosos! ¡qué contentos
salen por las hogueras los dos luego!..
el padre y madre solo es la riqueza
que robaron los dos con gran destreza.

Por medio de las llamas encendidas
dando el fuego señal de conservarlos
iban por las pisadas conocidas,
el calor aun no osando maltratarlos.
Porque los via dignos de mil vidas
vergüenza grande tuvo de dañallos:
ó sublime piedad de alta ventura,
virtud para los hombres muy segura.

Pero si Mal-Lara se entregaba en sus ócios á tan gratas tareas, no olvidó tampoco lo que debia á sus discípulos y al ministerio que desempeñaba, consagrandose sus vigilias á otra clase de obras de utilidad mas inmediata para aquellos. Escribió con este designio una *Gramática castellana*, teniendo presente la ortografía del maestro Alejo de Venegas, á quien elogia mucho en diferentes ocasiones; compuso un *Diálogo sobre la lengua española comparada con la griega*, diálogo que consultó con el maestro Francisco de Vergara, catedrático de griego en Alcalá de Henares; formó un erudito *Discurso de la lengua árabe*, haciendo importantes observaciones sobre la literatura de los sarracenos; emprendió una obra de filosofía moral con el título de *Peregrinacion de la vida*; hizo la descripción de las fiestas con que en 1570 recibió á Felipe II la ciudad de Sevilla, fiestas dirigidas por el mismo Mal-Lara; y finalmente dió á luz la *Filosofía vulgar*, que es quizá la mejor de sus producciones y una de las mas interesantes obras de su tiempo.

Redúcese la *Filosofía vulgar* á una explicación de los mas importantes refranes castellanos, precedida de ciertos *preámbulos*, en los cuales se propone probar cuerdamente Mal-Lara que la primera forma de la filosofía ha sido constantemente y en todas las naciones la del *proloquio* ó del *adagio*, propiamente dicho. En efecto: despues de examinar la historia de la civilización de los pueblos, despues de

(1) Tambien escribió un poema sobre la fábula de Psichis y Cupido, con el título de *Psique*, cuyo original, firmado por el mismo poeta, se custodia en la Biblioteca nacional.

haber observado cómo se han ido desarrollando en su seno los elementos y los principios de las ciencias, pasando por tan diferentes aspectos hasta llegar á constituir un cuerpo respetable de verdades que puedan sufrir sin detrimento el toque de la análisis, imposible nos parece el encontrar otras primitivas fórmulas á la filosofía, que no es en aquel estado mas que la suma de los principios de la moral de los pueblos, sometida á sus largas especulaciones y á sus buenos instintos.

—Mal-Lara que habia logrado comprender esta verdad, demasiado luminosa tal vez para unos tiempos en que solo se se respetaba y reconocia la filosofía de las aulas, con una convicción profunda que contrastaba singularmente con su virtuosa modestia, acometió sin pretension alguna la difícil obra de explicar y ordenar la *Filosofía del vulgo*, disculpando los defectos de su escrito con estas palabras dirigidas á sus lectores: «Sepan ser esta la primera mano de glesar en castellano refranes y agrádecaseme el haber yo desbastado la madera.» Mal-Lara no fue, sin embargo, tan exacto como debía al hacer esta declaración: ya en tiempo de don Juan II habia recopilado don Íñigo Lopez de Mendoza algunos refranes, que se publicaron quince años antes que los de Hernán Núñez, con algunas glosas puestas por Mosen Pedro Vallés, en la ciudad de Zaragoza. Pero el trabajo del humanista sevillano no deja poroso de ser menos estimable: nadie se habia atrevido, como él, á criticar las costumbres de su tiempo, nadie habia pensado en poner en ridículo los extravíos de un *caballerismo exagerado*, que no podia ya estar de acuerdo ni con el espíritu de la época, ni con la nueva constitucion de la monarquía, y nadie en fin habia tenido valor bastante para satirizar el *ergotismo* de las Universidades, que tantos y tan esclarecidos talentos habia ahogado bajo la balumba silogística. Sin presentarse Juan de Mal-Lara como el paladín de la reforma, lo cual hubiera valido tanto como romper las armas antes de entrar en el palenque, dejó caer de su erudita pluma las máximas saludables que debia á sus estudios, sembró dulcemente la crítica en toda su obra y llegó hasta usar de la sátira, sin apercibirse de ello y sin que los lectores lo esperasen tampoco. Su lenguaje es sencillo, así como su estilo que no puede ser mas natural y adecuado al objeto que se habia propuesto. Para dar mas amabilidad é interés á su obra, sembró en ella trozos de poesías, sacados de los mas célebres autores sus coetáneos, tradujo con admirable exactitud y elegancia multitud de pasajes de escritores griegos, hebreos y latinos, y recurrió á la autoridad de los mas ilustres ingenios, para que sirviesen de apoyo á sus doctrinas. No nos parece fuera de propósito el trasladar á este sitio algunos epigramas que cita al explicar los refranes, propios unos y traducidos otros, como á continuacion veremos. Cuando en la Centuria VI llega al adagio: «Apañá suegro para quien te herede: manto de luto, corazon de nieve,» pone estos cuatro versos:

El llorar del heredero
risa es disimulada:
la cara es la disfrazada,
y el corazon placentero.

Al explicar: «Después que te erré, nunca mas te pensé,» traduce el siguiente pasaje de la sátira VI de Juvenal, que ingiere en la epístola dirigida á Fabio Bartolomé Leonardo de Argensola:

Brava con el marido, como tigre,
de su mal sabidora, el gemir finge
contra sus hijos: que hay combleza inventa,
llora siempre con lágrimas que manan
en abundancia y siempre aparejadas
en su puesto esperando que las llame.

Lástima es que en estos versos abunden tanto los asonantes, destruyendo en parte la armonía de su construccion.

En el refran: «La que con muchos se casa á todos enfada,» pone estas redondillas, traducidas del epigrama XVI del libro IX de Marcial:

Donde sus siete maridos
Cloe tiene sepultados,
para mostrar cuán amados
le fueron y cuán queridos,
ha mandado allí escribir
que ella les dió sepultura;
y escribió la verdad pura,
que ella les hizo morir.

Conocidas ya estas muestras de versificación de Mal-Lara en el género satírico, no será mal que exponamos algunas de otra especie.—En el refran «quien no entra en la mar, no sabe á Dios rogar» se halla la traduccion del Salmo de David *Invoca me*, principiando de esta manera:

Llámame pecador, en cualquier día
que estés atribulado; yo prometo
librarte y lo terné por gloria mia.

Así traduce tambien la bellísima cancion de Petrarca que comienza «Vergine bella che di sol vestita etc.»

Virgen clara, que estas en sólio eterno,
estrella de este mar tempestuoso,
de todo fiel piloto cierto guía,
mira en cuán gran tormenta sin reposo
me hallo agora solo y sin gobierno,
y cuán cerca me está la muerte mia.

Hemos dicho que Mal-Lara criticó en su *Filosofía vulgar* las costumbres de su tiempo, satirizando el *ergotismo* de las Universidades y poniendo en ridículo el espíritu caballeresco que no estaba ya de acuerdo con las creencias y necesidades de su época; y todo esto necesita algunas pruebas.—En el refran «hijos de ciudad á la sogá del buey,» incluso en la Centuria VII, declama con la mayor vehemencia contra la inclinacion que manifestaban ya los jóvenes sevillanos á frecuentar el matadero. «Si quieren saber (dice) »donde se han de hallar los hijos de mi tierra y gran ciudad, no en estudios, no en iglesias, no en oficios honestos, »no sirviendo á sus padres y señores, no en escuelas ni en »otra cosa mas que á la sogá del buey, que tienen los carniceros atado al matadero.—Por esto, añade, que si resucitara un viejo de aquellos tiempos en que peleábamos con »los moros á la puerta, dijera: ¿Qué manera de hombres »tan bárbaros viven en mi tierra?...» Aquí no pudo menos de perder Mal-Lara su natural templanza. La glosa del refran segundo de la Centuria X se dirige toda contra los que sin tener mas ciencia que haber asistido á la Universidad por algun tiempo, defendido en ella unas lecciones que les habia dado algun amigo para que las tomasen de memoria, y recibido, en fin, los grados de bachilleres ó de licenciados en artes, aprendiendo á torcer los labios, manotear, descomedirse con los que argüían mejor que ellos, dar grandes voces y despreciar las dificultades, se creían unos sábios, siendo muy sensible que estuviesen las escuelas infestadas de semejante plaga.—Del mismo modo escribe contra los que sin tener los honrosos títulos que sus antepasados, exigían que se les rindiera igual vasallaje, sin advertir que habia desaparecido ya su preponderancia y que se les habia escapado el poder de las manos.—Otra clase de personas existían en tiempo de Mal-Lara, á las cuales no podia ver sin irritarse.—Hablamos de los médicos. En todas las ocasiones que se le ofrecen, se deja caer sobre los doctores de su tiempo quizá con severidad exagerada, lo cual nos hace sospechar que habia recibido de ellos alguna grave ofensa, ó que le habian matao algun pariente ó amigo, por falta de inteligencia ó por sobra de ignorancia. El mismo

Mal-Lara llegó á reparar en su acritud y para disculparse, dice en el refrán décimooctavo de la Centuria X: «Diráme alguno que ¿por qué persigo esta manera de hombres, que se hacen médicos sin tener letras, cordura, experiencia, edad, ni dineros con que dilatar las curas?... Porque va mucho en ello á la república: que son gente que puede matar sin pena, y sus pecados encubre la tierra.»—Respecto á este último punto es preciso confesar que no hemos hecho en el espacio de tres siglos grandes progresos.

Escribía Juan de Mal-Lara la *Filosofía vulgar* por los años de 1536, si bien había empleado en reunir materiales mucho tiempo, siendo la obra que llamó mas seriamente su atención desde su vuelta á Sevilla y queriendo dejar en ella un testimonio irrecusable de los grandes estudios que había hecho, tanto de los poetas y filósofos griegos y latinos, como de los italianos, franceses y españoles que se habían señalado hasta su época. Pero á pesar de que hizo gala en la *Filosofía* de una erudición portentosa, no incurrió en el reprehensible abuso de amontonar citas impertinentes, que tan comun se hizo en el siguiente siglo, dando al traste con las bellas letras y ahogando los mas aventajados talentos.—Mal-Lara supo usar de su erudición con una oportunidad y parsimonia que demuestran su buen juicio, y si bien llegó á ser en algunos pasajes demasiado difuso, no por eso dejó de presentar con novedad sus doctrinas, explicando casi siempre con mucha felicidad el origen de los refranes y su sentido moral, sin apartarse jamás de la buena crítica.—Por estas razones el libro de Mal-Lara, que ha llegado á hacerse bastante raro, es muy interesante bajo diferentes aspectos.—En él se encuentran resumidas las creencias religiosas y políticas del pueblo español bajo las primeras formas que recibieron al constituirse la monarquía; en él los aficionados á los estudios arqueológicos hallan importantes y curiosas descripciones de las costumbres de nuestros abuelos; los que se dedican al conocimiento de la historia pueden recoger multitud de hechos ignorados por los autores de mas nota; y finalmente los jóvenes entregados al cultivo de las humanidades, encuentran en este libro un curso de literatura antigua y moderna de tanto mas fácil acceso, cuanto que está entreteido de halagüeñas y entretenidas historietas, que no pueden menos de cautivar el ánimo de los lectores.

Al terminar el examen de esta obra, exámen que requería tal vez mas ancho campo, no podemos pasar en silencio el apuntar que se ha atribuido á Juan de Mal-Lara por el docto Rodrigo Caro en sus *Claros varones de Sevilla* un soneto dedicado á Hugo Hels Frisio, por haber entreteido en un reloj las armas de la casa de Rojas: ni el lenguaje ni otra alguna de las circunstancias del expresado soneto guardan la mas remota semejanza con el estilo y el lenguaje usado por el humanista sevillano en las composiciones que nosotros conocemos; pareciéndonos por estas razones que Rodrigo Caro padeció un error notable al atribuirle dicho soneto. Para que nuestros lectores puedan hacer por sí la comparacion, no nos parece descaminado el trasladarlo á este sitio:

Dice así:

Febo la clara España contemplando
para mejor en ella declararse,
quiso por un artífice reglarse,
el cómo y cuándo da su luz notando.

En las armas de Rojas reloj dando
hizo los signos, meses divulgarse,
el calendario, santo celebrarse,
las horas día y noche señalando.

Letra dominical, fiestas movibles,
elevacion del sol sobre horizonte
los puntos que d'ecliptica s'aparte.

Autor de las estrellas mas visibles
largura de una torre, pozo y monte
es Hugo Frisio quien escribió est'arte.

Nosotros confesamos ingenuamente que apenas entendemos palabra de todo el soneto.

Al dar á luz estos apuntes sobre un poeta y humanista que tan distinguido puesto tiene en nuestra historia literaria, manifestando al par las fuentes de donde hemos sacado las noticias de su vida, creemos prestar un servicio, aunque pequeño, á la literatura de nuestro pais, dando los primeros pasos para llenar el vacío que acerca del maestro de los celebrados Francisco de Medina, D. Juan de Arguijo y otros poetas sevillanos, se advertía. Juan de Mal-Lara era acreedor indudablemente á que se le sacase de la oscuridad; y nosotros damos por bien empleadas nuestras tareas, animados de la esperanza de que otras mas bien cortadas plumas se dedicarán con estos principios á ilustrar su vida, ya que su nombre es generalmente conocido y acatado. Ignórase cuál fué el año en que murió; pero sábese que en 1580 había pasado ya de esta vida, con grande sentimiento de sus amigos y discípulos. Hernando de Herrera, que era uno de los mas predilectos, lloraba su pérdida del siguiente modo:

ELEGIA A LA MUERTE DEL MAESTRO JUAN DE
MAL-LARA (*).

(Inédita.)

No se entristece tanto cuando pierde
Desnudo, el ramo fértil y florido

Ya sin vigor cortado, el árbol verde,

Cuanto yo, viendo suelto y dividido
Del alma el lazo estrecho, con la muerte
Que velo no podrá cubrir de olvido.

Oh duro corazón qu'en mal tan fuerte
No rompes, ¿cuándo esperas ablandarte,
Después d'esta terrible y grave suerte?

De mi alma murió la mayor parte,
Y el cielo, qu'en mi llanto es buen testigo,
Vé que nunca el dolor de mí se parte.

¡Oh ejemplo de virtud! ¡Oh caro amigo!
Que en mis entrañas vivas juntamente,
Lo mismo que ya fuiste eres conmigo.

Que la fé del amor jamás consiente
Que la muerte consuma con tu vida
La llama que mi pecho ardiendo siente.

Cortóse el paso á la amistad crecida;
Que nuestro dulce trato es acabado
Y el corazón de amarte no se olvida.

Pensaba yo qu'el cuerpo desatado
De los nudos del alma antes viviera
Que yo sin tí esperar solo, apartado.

Al fin pasé esta vida lastimera,
Y la sufrí... ¿qué aguardo? ¿por qué al cielo
No te muestras mi guía verdadera?

Cansado, ya procuro alzar el vuelo
Al lugar glorioso y soberano:
Que al ánimo es pequeño asiento el suelo.

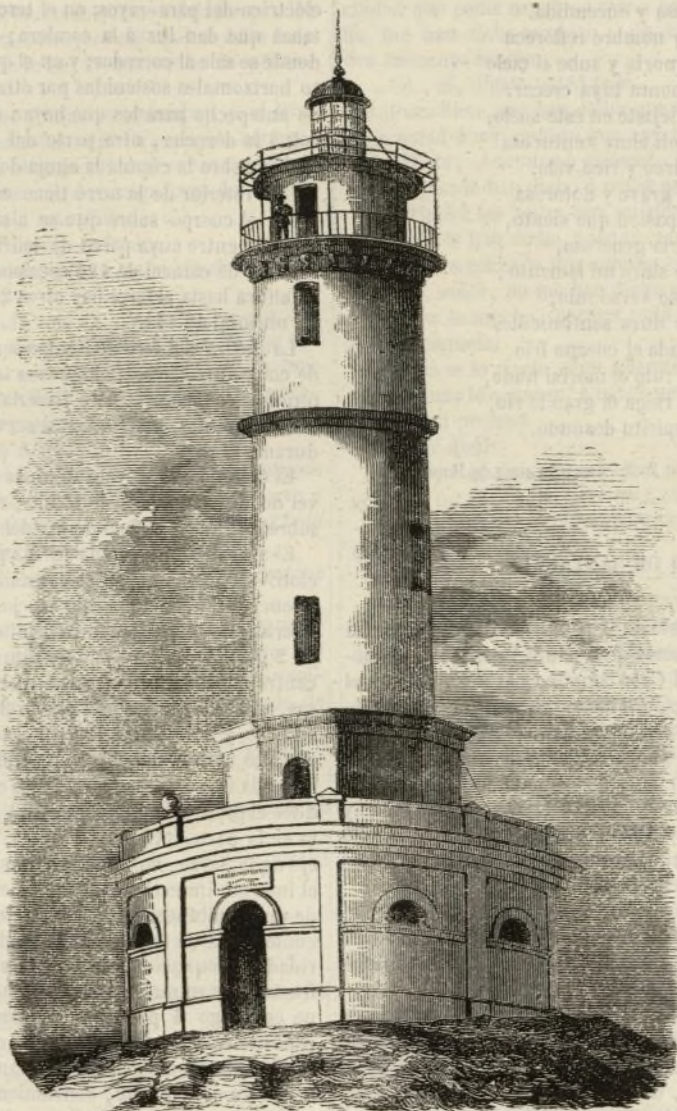
Amor terreno y un deseo vano,
Cuidado y engañosa la esperanza
No me dejan un punto de la mano.

¿Cuándo pondré en mi estado tal mudanza
Que solo amor celeste en mí respire
Con segura firmeza y confianza?

Divino celo al corazón inspire
Y te dé tal virtud que solo sienta
El alto bien que á mortal pecho admire.

No me deje caer en esta afrenta

(*) Consérvase esta bella composición en el *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, manuscrito debido al sevillano Francisco de Pacheco, y poseído hoy por nuestro amigo Don Juan José Bueno, distinguido poeta de aquella capital.



El Faro de Santander.

Donde me veo en confusion perdido,
Donde el mal que conozco me atormenta.

Tú qu'en el cielo estás esclarecido
Ruega por mí al Señor de cielo y tierra,
Porque no muera en sombra del olvido.

Valga la peligrosa y larga guerra
Que en mi alma se trava noche y día
Con quien el paso á bien obrar me cierra.

Despues que llevó muerte oscura y fria
De tu mortal cuidado los despojos,
Huyó de mí el contento y la alegría.

Lágrimas abundaron en mis ojos
Y por tu arrebatado apartamiento
En mí se renovaron los enojos,

El inmortal, el claro ayuntamiento
Celebró los trofeos de tu gloria,
Y gimió Bétis lleno de lamento.

Senó una voz llorosa en tu memoria;
El ingenio y bondad junto acabaron,
Cuando el Hado gozó de tu victoria.

El valle y alto monte suspiraron

Y á Hispalis vestida en negro manto
Pluvias y ciegas nubes ocuparon.

Contigo pereció el alegre canto,
Y en reliquias del daño doloroso
Quedó grave y quejoso, y triste llanto:

Bétis, que al sacro Océano espumoso
Llevaba el son de tu adorada lira,
Altivo y con grandeza glorioso;

Mudo, en su oscura gruta se retira,
Y en el profundo vaso con gemido
Las tardas ondas, discurriendo mira.

De tu canto quedaba suspendido
El español osado y el romano,
Y el francés orgulloso y atrevido.

Por tí el ilustre *Principe Tebano*
Es mas famoso, y vive su memoria,
Que por vencer al bárbaro africano.

Aunque se estime con eterna gloria
Por la fiera de Arcadia embravecida,
Mas valor le dará tu noble historia.

Era trueno tu voz, pero tu vida

Claro rayo que puro resplandece,
 Con llama presurosa y encendida.
 Que tu virtud y nombre refllorece
 Con perpétua memoria y sube al cielo
 La fama que con honra tuya crece.
 Aunque tú me dejaste en este suelo,
 Queda con Dios, ¡oh alma venturosa!
 Cubierta de purpúreo y rico velo.
 Que si mi pena grave y dolorosa
 Me dá lugar en la pasión que siento,
 Yo cantaré su gloria generosa,
 En tanto que lo sufre mi lamento,
 Permite este lloroso verso mío,
 Triste muestra de duro sentimiento.
 Aquí yace sin vida el cuerpo frío
 De Mal-Lara que, roto el mortal nudo,
 Donde á Vandalía riega el grande río,
 Voló al cielo su espíritu desnudo.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

EL FARO DE SANTANDER.

En el extremo Nordeste de la península de Santander, á una legua poco mas ó menos de la ciudad del mismo nombre, á la inmediación del *Cabo Mayor*, y exactamente en el punto que las cartas y planos hidrográficos de Tofiño designan con el nombre de *Atalayon del Cabo Mayor*, se alza una torre tan elegante como sencilla, á manera de columna coronada con un faro de segundo orden moderno de *Fresnel*. Su situación es á los 43 grados, 30 minutos y 15 segundos de latitud, y á los 2 grados, 37 minutos y 20 segundos al Este del meridiano de Cádiz en la costa al Oeste de la boca del puerto de Santander.

El paraje es solitario y peñoso, su aspecto es agreste, y las olas del mar que con estrépito vienen á estrellarse en la roca en que asienta la torre, completan el efecto imponente de aquel escarpado sitio.

El edificio, representado en la página anterior, es todo de piedra de sillaría y consta de un primer cuerpo circular de 51 piés de diámetro exterior y 25 de altura hasta la parte superior de su cornisa, decorado con 8 arcos entre otras tantas pilastras empotradas, y con basamento y cornisa general, cuyas proporciones son las del orden Jónico de Vignola; teniendo en la parte superior una azotea. El espacio interior sirve de habitación á los encargados del edificio.—En el centro de este cuerpo, que sirve de zócalo, se alza en el lugar que ocuparía la basa de una columna, un segundo cuerpo octógono de 28 piés de diámetro y 41 de altura desde el terreno.—Sobre él sube otro circular como fuste de columna, disminuyendo de abajo arriba, siendo 25 piés su diámetro por la parte inferior y 23 por la superior, y cuya altura es de 53. Termina en vez de capitel en una cornisa sostenida por cartelas, sobre las cuales hay un corredor ó galería circular con balaustrada de hierro. La parte equivalente á la caña de la columna tiene poco mas arriba de su mitad una faja horizontal en forma de cornisa.—Sobre el plano del corredor se eleva otro cuerpo cilíndrico de 20 piés de diámetro y 10 de altura, sobre la cornisa del cual está plantado el farol.—Este es tambien cilíndrico, de 12 piés de diámetro y 19 y medio de altura hasta la parte superior de la cúpula, resultando una altura total de 144 piés. En nuestro grabado se vé en el cuerpo inferior la puerta de entrada sobre la cual hay una inscripción; sobre la cornisa en el pretil de la azotea, á la izquierda del espectador, un reloj solar de forma esférica; en el segundo cuerpo la puerta que da co-

municación á la azotea, y á la derecha parte del conductor eléctrico del para-rayos; en el tercer cuerpo tres de las ventanas que dan luz á la escalera; en el cuarto la puerta por donde se sale al corredor; y en el quinto, unas barras de hierro horizontales sostenidas por otras verticales, y que sirven de antepecho para los que hayan de andar por fuera del farol; á la derecha, otra parte del conductor de la electricidad, y sobre la cúpula la aguja del para-rayos.

El interior de la torre tiene en el centro, desde el suelo hasta el cuerpo sobre que se alza el farol, un ojo ó hueco circular entre cuya pared de ladrillo y la exterior, sube una escalera de caracol de 124 escalones de piedra. Desde aquella altura hasta el farol hay otros 20 de madera, componiendo un total de 144.

La piedra del faro de Santander es de la mejor calidad y de color muy claro, habiéndose tratado de que tuviese esta última circunstancia para hacerla mas facil de divisar por los navegantes, pudiendo así servir para guiarlos tambien durante el día.

El terreno en que está fundada la torre tiene sobre el nivel del mar 220 piés de altura, resultando hallarse elevado sobre este nivel el foco de luz del farol á 326 piés.

El aparato luminoso da su luz por reflexión y por refracción:—la primera aparece constantemente en toda la circunferencia producida por 100 espejos superiores á la luz, y 70 inferiores;—y la segunda intermitente, por 8 lentes giratorias de 2 piés de latitud y 3 de altura. Un solo *quinqué* en el centro del aparato, que tiene mechas circulares concéntricas, produce un cono de luz de 3 pulgadas de diámetro en su base, y 2 de altura. Hay en el todo dos movimientos producidos ambos por dos pesas independientes proporcionadas cada una á su destino; de las cuales la mayor, y que produce el primer movimiento, pasa por una media caña abierta en la parte interior del muro, y la otra descende por el eje de la torre, en la altura que hay desde el piso del farol al inferior inmediato.—El primer movimiento, por medio de una combinación de ruedas dentadas, hace girar la circunferencia de los lentes, de modo que produce con regularidad la *oscuración* y la *máxima iluminación* de la luz, refractada de minuto en minuto de tiempo.—El segundo pone en juego 4 pequeñas bombas de fuelle, que desde el depósito inferior del *quinqué* elevan el aceite necesario á las mechas, de tal modo que el sobrante de la combustión vuelve á caer en el depósito, consumiendo media libra de aceite por hora.

Este aparato empezó á lucir el día 15 de agosto de 1839; costó 180,000 reales, y se ha visto su luz alguna vez por los navegantes á la distancia de 12 leguas.

En las noches tormentosas, una considerable cantidad de aves de todos géneros, lanzadas de sus albergues por el temporal, van atraídas por aquella claridad á estrellarse contra los gruesísimos cristales del enorme farol.

A.

UNA VIOLETA,

POR DON MANUEL IBO ALFARO.

Dedicada á su querido amigo

DON BIENVENIDO V. CANO.

(Continuacion.)

II.

Concluyó la polka.

Una orquesta de regimiento comenzó á tocar en lejana cámara escogidas piezas de música italiana: lacayos de flamante librea cruzaban las alfombras con bandejas de dulce

y refrescos lijeros, y las hermosas coquetas aduladas por los galanteos de jóvenes aristócratas, se algolpaban á los balcones por respirar la suave brisa de una noche de primavera.

Mientras la reunion mas y mas se animaba; y el Dios de los amores batia sus alas sobre aquella escogida concurrencia; Alfredo y Adamina sentados ambos sobre un cómodo divan que llenaba el hueco de dos colgaduras de damasco blanco, dieron principio á este diálogo:

—Porque suspira usted? le dijo Alfredo.

—No se; contestó Adamina; pero á las veces es tan bello suspirar...

—Es muy cierto: cuando uno se encuentra en una estancia tan magnífica como esta; escuchando los lejanos sonidos de una orquesta tan melancólica; aspirando el aroma de mil esencias y de lozanas flores; un suspiro es la expresion del patético gozar de nuestro corazon.

—Es verdad! murmuró Adamina.

—Y cuando nuestro corazon, embargado por el suntuoso boato que le rodea; por las esencias mil; por las flores y por la orquesta, respira junto al ser á quien adora, ¡ay! un suspiro es el trasunto de las delicias puras de su alma.

—¿Habla usted de mí, caballero? le preguntó Adamina con sonrisa de ángel.

—No, señora, hablo de mí: le contestó Alfredo con gravedad, fijando en ella su mirada. Digo, señora, para que usted me entienda, que el mágico placer que goza mi espíritu esta noche, lo endulza doblemente el estar al lado de la mujer á quien amo.

—¿De la mujer á quien ama usted? preguntó Adamina con fugaz sonrisa.

—No; de la mujer, de la única mujer acaso, á quien ya pueda amar.

—Tendría singular placer en conocerla, ¿quiere usted enseñármela, Alfredo?

—Nada mas fácil, señorita, está muy cerca de mí.

—¿Cuál es?

—Es usted.

—¿Yo? exclamó Adamina sonriendo, y luego fijó los ojos en el suelo con aire de melancolia.

—¿Se rie usted? le preguntó Alfredo.

—Me rio... de que es muy cierto lo que me han referido de usted.

—¿De mí? exclamó Alfredo admirado: ¿y quién le ha hablado á usted de mí?

—No tengo inconveniente en decirlo: varias amigas de la casa de mi tia donde estoy hospedada, entre las cuales se cuentan las niñas que han venido á saludarme al concluir la polka.

—¿Pues no me ha recibido usted al principio como enteramente desconocido?

—Y lo era usted para mí; pero despues me ha dicho usted que es el poeta Valparaiso, y un buen poeta es conocido en todas partes.

—Mil gracias, señora mia, por una lisonja que agradezco sin aceptar, contestó Alfredo.

E hizo una cortesía de cabeza.

—Pero cuénteme usted ¿qué es lo que le han dicho á usted de mí?

—Me han dicho mil cosas y muy bellas.

—¿Y cuáles son esas cosas?

—¿Qué empeño tiene usted en saberlas!..

—¿Tiene usted inconveniente en decir las?..

—Ninguno. Me han dicho que era usted muy galante, que á todas las jóvenes rendía usted su amor, que tenía usted un pecho muy grande, pues que en él cabían todas, que su corazon de usted debía estar ya despedazado...

—¿Y qué mas, Adamina?

—Que se declaraba usted á una joven con la misma fa-

cilidad que pedía usted su mano para bailar una polka; por fin, me han dicho tambien... ¿lo digo? preguntó mirándolo con inocente sonrisa.

—Oh, sí, dígalos usted todo.

—Pues bien, me han dicho que esta noche se me declararía usted á mí, puesto que soy la última que ha llegado.

—¡Basta, Adamina! exclamó Alfredo palideciendo de coraje: ¿eso le han dicho á usted esas coquetas?

Y dirigió á las bellas una satírica mirada de compasion.

—Y no le han dicho á usted tambien que, sordas á mi pasion, han colmado mis anhelos con un redondo desprecio?

—No, señor, no me han dicho eso.

—Pues es mucho, porque todo eso cabe en el corazon de una coqueta.

—Pero es lo cierto, dijo Adamina con dulce sonrisa, que las coquetas le conocen á usted muy bien, pues han acertado en su profecía.

—¿Por qué?

—Porque al fin, segun ellas me habian prevenido, ha acabado usted por declararme á mí tambien su pasion.

—¡Adamina! exclamó el poeta con una extraña expresion que asustó á la joven.

—¿No es cierto? preguntó esta maquinalmente.

—No es cierto: respondió el poeta. Yo no le he dicho á usted que la amaba; yo le he dicho á usted que era acaso la única mujer á quien pudiera amar en la vida. ¡Ay Adamina! aun no ha entrado usted en la corte, y ya comienza la corte á destilar ponzoña en su inocente corazon... Flor purísima que viniste mojada con el rocío de una aurora plácida, ya comienza el ambiente fétido que respiramos, á envenenar grado á grado tu corola.

—Yo no veo en la corte ese veneno de que usted se lamenta, Alfredo; repuso Adamina, dirigiendo al poeta una mirada acariciadora.

—Lo creo: el dorado pez no ve el anzuelo oculto en el cebo con que se le engaña; el gilguero no ve la red escondida entre las flores por donde alegre brinca; la víctima no ve la cuchilla del druida, hasta el instante mismo de descargar el golpe sobre su cuello.

—Vaya, vaya, dijo Adamina tratando de dar otro sesgo á aquella conversacion; usted maldice de la corte, pero bien disfruta usted de sus atractivos...

—Yo...

—No se haga usted el extraño que todo lo se.

—Pues qué sabe usted Adamina?

—Se que bailes tan suntuosos como el de esta noche solo los da la marquesa de Visleflor de tarde en tarde, pero sé tambien que todos los jueves tienen ustedes aqui mismo una reunion donde concurren hermosas niñas, y donde usted se divierte de lo lindo.

—Yo por mi parte le aseguro á usted que no me divierto.

—Qué no? preguntó Adamina con franca y simpática sonrisa: ¿no es cierto que hace algun tiempo hizo usted el amor á la hermosa Elisa?

—Fingí que se lo hacia.

—Ola... tambien usted sabe fingir?

—En una sociedad en que todos fingen ¿por qué no he de fingir yo tambien?

—Y despues, no amó usted á Enriqueta?

—Fingí tambien que la amaba.

—Y á otras muchas que me han indicado mis amigas, ¿no les ha declarado usted su pasion?

—Mentia cuando se les declaraba.

—Pues entonces... tambien habrá usted mentido cuando ha comenzado á declararse á mí.

—¡Adamina! Entonces no mentia; entonces me engañaba.

—Se engañaba usted, y por qué?

—¿Por qué? fuerza será hablar con franqueza, hermosa niña.

—¡Oh! si por cierto, hable usted; yo soy muy franca, y aprecio mucho la franqueza.

Y despues de exhalar un lánguido suspiro, fijó los ojos en el suelo.

—Yo amo, exclamó Alfredo, como ama toda persona que siente las bellezas de la naturaleza: yo amé con delirio en los bellos dias de mi infancia; mi amor era una aureola de flores con que los ángeles velaban mi sueño; hoy mismo siento latir en mi pecho el gérmen del amor; pero el tiempo, la corte, la sociedad estudiada y artificiosa en que ahora vivo, han matado mi pasión. Usted cree Adamina que aquí se ama? Usted cree que aquí se siente la sublimidad del amor? ¡Ay, no! Aquí cada uno se ama solo á sí mismo; y al declarar á los demas su pasión, solo predomina en ello un sentimiento de orgullo ó de interés. El amor Adamina; el verdadero amor, puro, celeste y desinteresado, existe únicamente en los valles, en las aldeas y en las quintas...

Adamina continuaba con los ojos fijos en el suelo.

—Para mí, Adamina; es bello todo lo que la naturaleza crea; y es ridículo todo lo que la sociedad produce. Bellos son los montes, bellas son las florestas, bellas son las lagunas, los arroyos, las nubes, el céfiro sutil de primavera, y el vendabal furioso del invierno. Y ridículo, muy ridículo, es casi todo lo que la sociedad autoriza.

Adamina se sonrió.

—Se rie usted? le dijo Alfredo: ¿pues qué no es ridículo ver á una jóven morena untarse de almidon, raíz de lirio y otras porquerías por presentarse blanca? ¿No es ridículo el que estén una noche en tormento continuado por ocultar una pulgada de cintura? ¿no es ridículo ver esas viejas cargadas de perifollos, cuando debian estar pidiendo á Dios perdón, tal vez por las *flaquezas* que cometieron en el siglo pasado?

Adamina ocultó con el pañuelo la ruborosa sonrisa que asomó á su rostro.

—Pero al fin, continuó Alfredo; eso puede disculparse, porque la mujer es el sexo de las debilidades; mas dígame usted, jóven hermosa; ¿no es en extremo ridículo ver á esos pollos malgastando en necedades un tiempo precioso que debian emplear en educar su espíritu y su corazón? ¿no es ridículo... no es doloroso, ver tantos hombres de bigote y perilla, sin otro pensamiento que el frac que ciñe su cuerpo, ó las gafas que esconden su atrevida mirada? Usted es muy jóven Adamina, pero esto entristece el alma; y esto es por desgracia lo que sucede en nuestra sociedad. Y luego vienen esas amigas de usted á decir que declaro mi amor á dos ó tres en un mes?... á veinte lo haria en una noche, si encontrara placer en hacerlo; porque en lugar de salirme cual otros, á fumar un puro en la antesala, me entretengo en decirles que las amo.

(Continuará.)

LOS AMORES DE ABEN-ZAYDE.

De eunucos acompañado
y precedido de guardias
en el haren de Abd-Allah,
moro que es rey en la Al-Hambra,
entró el valiente Aben-Zayde
en demanda de una esclava
que el rey á su amor concede,
en premio de noble hazaña,
que dejó sangrienta huella
en la frontera cristiana.
La esclava fija en el suelo
la hermosísima mirada,
y Aben-Zayde de rodillas,
de tal manera la habla.

Nazarena, que el rey moro
guarda en su haren, cual tesoro
á sus amores velado;
la sultana en hermosura;
la de gentil apostura;
la del cabello dorado;
yo al rey moro juré un dia,
si tu amor me concedia,
llevar su roja bandera
hasta el confin castellano
y entrar, venciendo al cristiano,
en Jerez de la Frontera.

¡Tulipan de los harenes!
si á mis jardines te vienes;
si entre su verde espesura,
que agita el aura galana,
la luna alumbra mañana
el cielo de tu hermosura.
Si en mis divanes dormida,
te miro feliz, mi vida;
si al despertar á la aurora
sonries á quien te adora
y tu mirada hechicera
veo en mis ojos posada,
¡bendita sea mi entrada
en Jerez de la Frontera!

Alcaide soy en Alhama;
el rey su leon me llama;
tiembla á mi voz el cristiano:
cinco villas y un castillo
sustentan el régio brillo
de mi nombre soberano;
llevo á la lid mil zenetes
en blancas yeguas ginetes;
mi fama el mundo venera,
y una mora no se hallara
que al vencedor desdeñara
de Jerez de la Frontera.

¡Eunucos! ¡francas esten
las salidas del haren!
¡el rey me da esta doncella!
¡Gacela, mi esclava eres!
¡ay de tí, si mi amor hieres,
y no es amarme tu estrella!
¡Pronto en mi haren estarás!
¡Atrás, esclavas, atrás!
¡Eunucos! ¡sacadla fuera!
¡Ay! ¡si mi fé no es premiada,
maldita sea mi entrada
en Jerez de la Frontera!

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ,
calle de la Union, 3, bajo.